

la única persona á quien declararme puedo no me sirve para el caso sino cuando no parece lo que es!... ¿Iré á que me consuele la otra, Augusta? Tampoco es ocasión. Ésta por ser honrada de noche, aquélla por no serlo, ambas me cierran sus puertas en las horas de mayor soledad y tristeza. Además, Augusta es la persona á quien menos puedo confiarme, porque ella, ella me ha lanzado á esta lucha, á este vértigo... ¡Pobre mujer! Alucinada por el amor, has perdido de vista la ley de la dignidad, ó al menos desconoces en absoluto la dignidad del varón. ¡Ay, tus palabras, tan gratas para mí en otro tiempo, ahora serán como instrumentos de suplicio! Me embriagarás con tus avasalladoras seducciones, disiparás durante un rato grande ó chico las tinieblas de mi vida; pero no derramarás en mi corazón ese bálsamo de ternura y consuelo que es la única medicina de este mal espantoso de la conciencia... ¡A estas horas ya la malicia se cebará en la verdad descubierta por Malibrán, y mientras Orozco cree y dice que *La Peri* me ayuda á vivir, nuestros amigos dirán que Augusta me mantiene y me paga las trampas! Esto me subleva. (*Con desesperación.*) Romperé con ella; rechazaré las ofertas de Tomás, y después que me devoren la miseria y la usura... (*Pausa.*) ¿Iré á pedir consuelos á mi hermana? No, porque me encontraría con ese facha innoble á quien

detesto. Sólo de verle se me crispan las manos, y siento anhelos de destrozar á alguien. No; allá no iré por nada de este mundo. Ya no tengo hermana, ya no tengo familia; estoy solo, y la compañera que me hace falta, ni puede dár-mela la amistad ni dár-mela puede el amor... Vagaré por las calles hasta que sea hora de entrar en mi casa... Pero el tiempo no avanza. ¡Demonio, siempre las once y media! Me canso ya de este paseo febril. (*Detiénese indeciso y fatigado.*) ¿En dónde me metería yo para reposarme y distraerme un rato? No iré á ningún sitio donde pueda encontrarme con el Santo, pues su sola presencia me causa las agonías de la muerte. ¡Ah, qué idea feliz! Me refugiare en un teatro. ¿En cuál? En éste, que es del género picante. No me reiré, porque no puedo reirme; pero mis ideas se desviarán un rato de la fijeza congestiva que me atormenta. (*Párase á la puerta de un teatro; toma localidad y entra.*) Están en el entre-acto; pero pronto empezará la función, que ojalá sea una pieza muy disparatada, muy absurda, muy cínica... (*Dirigese al pasillo de butacas.*)

ESCENA XV

Teatro.

FEDERICO, OROZCO, *que se le presenta de improviso al dar los primeros pasos en el patio. Un poco más lejos, el MARQUÉS DE CÍCERO y el CONDE DE MONTE CÁRMENES.*

FEDERICO, *para sí, estremeciéndose al verle.*
¡Orozco! Esto parece cosa del infierno.

OROZCO.

Hola, sonámbulo... ¿Qué es eso? ¿Te asombra de verme aquí?

FEDERICO.

No esperaba...

OROZCO.

Ese chiflado (*señalando á Monte Cármenes, que mira con gemelos hacia los palcos*) se empeñó en que entráramos aquí. Y la verdad, nos hemos divertido. Me gusta mucho el género cómico, aun con toques tan chillones y picantes como los que aquí se usan. ¿Y tú...? Tienes mala cara, chico; estás pálido...

FEDERICO, *trémulo.*

No me siento bien esta noche.

OROZCO.

¿Qué tienes?

FEDERICO.

Aquí, en el corazón..., no sé qué. No es do-

lor, no es punzada. Es una extraña sensación que al anochecer empezó á molestarte, y que se acentuó terriblemente al entrar aquí.

OROZCO.

¿Te duele...?

FEDERICO.

Exactamente dolor, no, no... Es más bien un estímulo, como ganas instintivas de meter los dedos por aquí; aquí, no sé si en el corazón ó un poco más abajo. Lo que más me mortifica es la idea..., sí, no te rías, la idea de que me aliviaré introduciendo los dedos hasta tocar la parte dolorida, mejor dicho, la parte afectada.

OROZCO, *sonriendo.*

Te diré lo que se dice siempre en tales casos: eso es nervioso. Poco mal y bien quejado. Quizás falta de sueño, quizás un poco de dispepsia. Sanarás cuando tu ánimo se tranquilice. Federico, haz caso de mí, regulariza tu vida, para lo cual te basta dejarte querer, y verás cómo desaparece esa molestia, que no es más que una acción refleja, partiendo del cerebro. Corta de raíz tus malos hábitos, y verás qué bien te va.

FEDERICO, *con tristeza.*

¡Qué pronto se dice eso, Tomás!

OROZCO.

Tonto, tú no has pensado en ello; no te has

hecho cargo todavía del bien que te espera... A nuestra edad, pasados los treinta y cinco, un vivir metódico y sin sobresaltos es el único vivir posible... Y no me vengas con que la ociosidad te aburrirá, y que necesitas un poco de movimiento. Yo te daré ocupación, yo me encargo de que no te aburras; y con algo que ganes, y algo que recibirás de Joaquín (porque hemos convenido en que esto es de tu padre), vivirás como un príncipe. Tú créeme y déjate llevar. Confíate á mí, verás cómo te arreglo tu *aurea mediocritas*. Luego la tranquilidad de la conciencia... ¿Sabes tú lo que eso vale?

FEDERICO, *para sí, turbadísimo.*

Insisto en que este que me habla no es el Orozco de carne y hueso. Hállome en el vórtice de una gran alucinación, y lo que veo y oigo es hechura de mi propia idea.

OROZCO.

Entrégate á mí sin temor; á mí, que te quiero de veras y miro por tu bien...

FEDERICO, *para sí, trastornado.*

Basta. No puedo soportar esto. (*Alto.*) Adiós, Tomás; me siento mal y tengo que retirarme.

OROZCO.

Cuidate, métete en tu casa. ¡Detestable costumbre ésta de hacer de la noche día! Yo, no creas, tampoco me siento bien. No sé qué me

pasa. Pero con un par de días de campo me responderé.

FEDERICO.

¿Te vas á las Charcas?

OROZCO.

Pasaré allí los dos días de fiesta.

FEDERICO.

¿Vas solo?

OROZCO.

Estoy reclutando gente. Nuestro buen Cícero, el moderno Nemrod, no puede ir. Hasta ahora sólo cuento con Malibrán.

FEDERICO.

¡Ah! ¿Vas con Malibrán?...

OROZCO.

¿Quieres agregarte?

FEDERICO.

No, gracias. Abur, abur. (*Sale presuroso del teatro.*)

ESCENA XVI

Gabinete en casa de Federico. Es de noche.

FEDERICO, BÁRBARA; *después* LA SOMBRA
DE OROZCO.

FEDERICO, *echado en el sofá, junto al velador, en el cual hay una lámpara.*

Gracias á Dios que me encuentro solo. ¿Qué mejor refugio que mi propia casa? Creí no poder llegar á ella; de tal modo se me trastornó

la cabeza en aquella correría por las calles. El cansancio me abrumba; pero lo que es sueño, no siento maldito. Apetezco el dormir como el mayor bien imaginable; pero la manera de lograrlo es lo que no se me alcanza... Y sigue molestandome la sensacionita en el corazón, aquí..., donde debe estar el vértice de esa condenada máquina. Aguantaremos... La cabeza es la que anda peor. ¡Cuidado que la alucinación de esta noche!... ¡Figurarme que vi á Orozco en el teatro, y que le hablé! ¡Si me parece que oyéndole estoy aún! Ha sido un fenómeno subjetivo, determinado por cierta idea diabólica que me escarba en la mente...: la idea de transigir, de dejarme querer... ¡Oh, tentación insana! Degradarme, pero vivir... Porque..., razón tiene Orozco: ¡qué bien estaría yo si...! ¡Idea maldita, que hace vacilar mi dignidad y trastorna mi concienal. No, Tomás, no insistas, no me tientes. Si me estimas como dices, no me envilezcas más de lo que ya lo estoy.

BÁRBARA, *entrando de puntillas.*

¿Se le ofrece algo? Claudia no puede levantarse: está con un dolor en la cadera. Me rogó que me quedase aquí esta noche, por si el señorito volvía malo.

FEDERICO.

Nada se me ofrece. Puedes acostarte.

BÁRBARA, *para sí.*

Esa cabeza no anda bien. ¡Qué hombres éstos! Comidos de vicios, no se hartan nunca de gozar, y cuando no pueden tenerse, vienen á que una les cuide. Las de fuera para la diversión y el jaleito; las de casa para atenderles cuando están malos... (*Contemplándole.*) ¡Y qué guapín, qué simpático! Como todos los pillos.

FEDERICO.

¿Qué haces ahí, fantochona?

BÁRBARA.

Ya me voy... Estaré con cuidado por si usted llama. (*Detiénese en la puerta, y desde ella le observa.*) ¡Qué desmejorado y qué alicaído!... Esas bribonas le consumen. Si las cogiera yo... Pero él es el primer causante de su malestar. ¡Ay, qué hombres éstos! Son como las veletas. Hoy apuntan para aquí, mañana para allá.

La sombra de Orozco aparece sentada frente á Federico. Éste la contempla un rato sin pestañear. Después habla.

FEDERICO.

Dispensa, Tomás, no te había visto. Me adormecí un poco. ¡Cuánto te agradezco que vengas á visitarme! ¡Si vieras qué malo estoy!

LA SOMBRA.

No te acobardes. Mal de imaginación, desa-

sosiego del espíritu y nada más. Tranquilízate, hazte dueño de tu voluntad, y te sentirás bien.

FEDERICO.

Lo que anda peor es la cabeza, que á veces se me trastorna de una manera... Figúrate que esta noche me aluciné hasta el punto de verte y hablar contigo en un teatro... Tan claras fueron las falsas percepciones de mis sentidos, que aún me cuesta trabajo diferenciarlas de las percepciones reales... He pensado en lo que hablamos en casa de San Salomé. No puede ser, Tomás; no puede ser. Te lo agradezco infinito.

LA SOMBRA.

¡Es lástima, porque estarías tan bien...!

FEDERICO, *acometido de nerviosa risa.*

Como estar bien, ya lo creo. Si otra cosa he dicho..., no hagas caso..., charla, sofistería. ¡Ay, no sabes cuánto apetezco la tranquilidad, aunque mi vida resulte de las más modestas; trabajar algo, tener seguros el hoy y el mañana, y luego una familia en cuyo seno encontrar el amor y la paz!

LA SOMBRA.

Todo eso y mucho más podrás tener.

FEDERICO.

¿Pero cómo pretendes tú que lo acepte de ti, habiéndote burlado como te burlé, habiendo

pervertido á lo que más amas en el mundo, que es tu mujer?

LA SOMBRA, *con frialdad suma, sin accionar.*

Empequeñeces el asunto subordinando su resolución á las fragilidades de una mujer. Elevémonos sobre las ideas comunes y secundarias. Vivamos en las ideas primordiales y en los grandes sentimientos de fraternidad; y cuando hayas acostumbrado tu espíritu á esta luz superior, comprenderás que el amor material queda en la categoría de instinto y es enteramente libre.

FEDERICO.

Por Dios que te explicas bien, y me consuelas con tus explicaciones. Pero oye: ese disparate también se me había ocurrido á mí.

LA SOMBRA.

Has dicho que me habías ofendido quitándome *mi* mujer. ¿Qué quiere decir eso? Augusta no es mía. Considera que en esta esfera de las ideas puras adonde nos hemos subido, los seres todos gozan de omnimoda libertad. Nadie es de nadie. La propiedad es un concepto que se refiere á las cosas, pero á nada más... Los términos *mío* y *tuyo* no rezan con las personas. Nadie pertenece á nadie, y Augusta, como todo ser, dueña es de sí misma. (*Con ligera inflexión humorística en su acento.*) Hemos convenido tú

y yo en que se quedaron allá abajo, en las capas donde el vulgo rastrea, todos esos convencionalismos pueriles, y los aparatos legales que arma la sociedad por el gusto ridículo de dificultarse su propia vida.

FEDERICO.

¡Ah, Tomás, toda esa argumentación ya ha pasado por mi cerebro, que hierve! Tú me estás engañando; tú me estás echando cloroformo en la conciencia, para luego arrancármela sin que yo lo note y envilecerme. No, no me dejo adormecer por ti. Estoy bien despiadado.

BÁRBARA, *observándole desde la puerta.*

Pobrecito. ¡Qué agitación la suya! Parece que delira y que sueña, pero con los ojos abiertos. Si se dejara arrullar por mí, yo le tranquilizaría.

LA SOMBRA, *inclinándose hacia él en ademán cariñoso.*

No te engaño... Deseo tu bien, y que reformes tu vida. Te daré asimismo una ocupación para que no estés ocioso.

FEDERICO, *riendo desentonadamente.*

Me darás un estanco, y tendré por colega al marido de Claudia.

LA SOMBRA, *riendo también.*

No es eso. Badulaque, tú y yo podemos em-

prender un trabajo común, que nos distraiga, y al mismo tiempo nos sostenga el espíritu á constante altura sobre las miserias humanas.

FEDERICO.

Nos haremos pastores, marchándonos á una región distante y sosegada, donde impere la verdad absoluta.

LA SOMBRA.

Eso es.

FEDERICO.

¿Y dónde se toma billete para ese viaje? Porque yo estoy dispuesto á irme ahora mismo contigo.

LA SOMBRA, *con acento revelador.*

Para trasladarse á esa región de paz y de justicia no se toma billete. Todos los humanos tenemos bajo el corazón, aquí, en semejante parte... *(Se toca el pecho en la parte inferior del costado izquierdo.)*

FEDERICO.

Sí..., justamente donde yo siento ese estímulo indefinible.

LA SOMBRA.

Pues ahí tenemos un lóbulo, una concreción... Tócate y verás. Es algo semejante al botón de un timbre eléctrico. Nada, te lo aprietas con un poco de coraje, y te trasladas en un abrir y cerrar de ojos.

FEDERICO, *riendo*.

¿Me traslado... suavemente... sin que me pase nada en el camino?

LA SOMBRA.

Sin sentirlo.

FEDERICO.

¡Excelente idea! Porque aquí los dos vivimos deshonrados: yo por haber seducido á la que el mundo llama tu mujer, y tú por ser ley que se deshonorre el que pierde á su compañera, aunque ella sola sea responsable de la falta. ¡Caramba! Se ven cosas en este mundo, que si uno las contara en el otro no las creerían.

LA SOMBRA, *con humorismo*.

Es cierto; tú y yo hemos perdido lo que aquí se llama el honor, una especie de cédula ó cartilla, sin la cual no se puede vivir en estos barrios, que alumbran el sol y la luna. Tontería insigne es la tal cédula; pero como la piden á cada paso que das, ello es que, no teniéndola, no podemos vivir. Debemos, pues, largarnos pronto (*Se levanta.*)

FEDERICO.

Yo estoy listo. Ve tú por delante. (*Oprimiéndose el costado izquierdo.*) Tomás, Tomás, yo aprieto, yo oprimo el condenado botón, y no siento que me trasladé á ninguna parte. Sigo aquí... Espera.

LA SOMBRA, *dando vueltas por la habitación*.

No te apures. Lo mismo da hoy que mañana. Aprieta más fuerte; todo lo fuerte que puedas.

FEDERICO.

¿Te has ido tú? No te veo.

LA SOMBRA, *desde lejos*.

Estoy aún aquí.

FEDERICO, *removiéndose inquieto en el sofá*.

Tomás, cualquiera diría que deliramos tú y yo... Sea lo que quiera, conste que yo no acepto ni puedo aceptar tu donativo. Mi dignidad lo rechaza.

LA SOMBRA, *volviendo hacia él rápidamente*.

Imbécil, ya no evitas eso que los puritanos llamamos deshonor, pues todos nuestros amigos dicen que Augusta te paga las trampas y te da para tus gastos. Ya no te libras de esa opinión, ni adelantas nada con delicadezas de última hora. Tu ignominia no crece ni mengua porque aceptes ó dejes de aceptar.

FEDERICO, *llevándose las manos á la cabeza*.

No me lo digas, que me vuelves loco de pena.

LA SOMBRA, *remedando su movimiento*.

¡Pobre hombre! Vives de ideas circunstanciales y de artificios jurídicos.

FEDERICO.

Siento una ansiedad que me anonada. Yo quiero morirme. Espérate. ¡Pero si por más que oprimo el botón y me introduzco los dedos hasta el alma no puedo dar el salto! Aguárdate; no me dejes en esta soledad.

LA SOMBRA, *con naturalidad.*

Pero qué, ¿crees tú que yo no tengo nada que hacer? Mi mujer me aguarda.

FEDERICO, *burlándose.*

¡Tu mujer! Pero si tú apenas haces ya vida marital con ella. Lo sé, tonto, lo sé... Tu perfección moral te ha elevado sobre las miserias del mundo fisiológico. ¡Mérito grande! Pero Augusta no entiende de esas perfecciones: me lo ha dicho. Es humana, y no le hace maldita gracia parecerse á los serafines.

LA SOMBRA.

¡Simple, confundes á Augusta con *La Peri!*

FEDERICO.

Yo no tengo lios con *La Peri*, fuera del trato de amistad y de las relaciones económicas. Leonor, para mí, rivaliza en pureza con los arcángeles.

LA SOMBRA, *gravemente.*

Cuestión de apreciación. Todas son ángeles cuando no están en contacto con nosotros, que

las humanizamos y las corrompemos... Y no me detengas más. Abur.

FEDERICO.

No te vayas. Tu compañía, que antes me era tan desagradable, ahora me gusta.

LA SOMBRA.

No puedo entretenerme. ¿No ves que viene el día? Me voy con la noche. (*Desaparece.*)

FEDERICO, *fijándose en la claridad que entra por el balcón.*

Pues es verdad. ¡Amanece, y yo sin acostarme! ¡Oh, qué luz tan viva! ¡Si yo dormir pudiera...! Tomás, Tomás, ¿tú no duermes? (*Cierra los ojos, apretando los párpados.*)

BÁRBARA, *arropándole.*

¡Pobrecito! Le atormenta su propio pensar. ¡Cómo castañetea los dientes!... ¡Ay, bueno le han puesto esas bribonas! Todo por la manía de que hay clases; pues si se persuadiera de que se acabaron las tales clases y de que todas somos lo mismo, se arreglaría de otra manera, y la felicidad reinaría en su casa. Señorito, ¿quiere una taza de te?... Nada, no responde. Inmóvil y frío. Le daré friegas... (*Se las da.*) ¡Señorito!

FEDERICO.

¡Ay!, me lastimas. ¿Se fué Tomás?... No le vi salir. (*Abriendo los ojos y mirándola estupefacto.*)

¡Ah!, Bárbara. Eres un ángel..., digo, precisamente un ángel, lo que se llama un ángel, no; pero...

BÁRBARA, *para sí.*

¡Qué simpático, qué mono!

FEDERICO.

Pero sí una hembra mestiza, hermosa y espiritual mula, nacida de la yegua humana y del asno divino. Dime, ¿quién me salvará á mí? ¿Dónde encontraré yo la compañera de mi vida, la que reuna en un solo sentimiento el amor y la confianza, la ilusión y la amistad?

BÁRBARA.

Pues eso..., en cualquiera de las que pertenecen al bello sexo lo podría encontrar. ¡Somos tantas...! Pero olvide sus preocupaciones, y tire el orgullo por la ventana. ¿Quiere que le acueste?

FEDERICO.

Sí..., sálvame tú..., líbrame de esta opresión. Quiero decir, que me desabroches el chaleco y me quites las botas.

Bárbara le sirve de ayuda de cámara.

JORNADA QUINTA

ESCENA PRIMERA

La misma decoración de la escena VIII de la segunda jornada. En el gabinete de la izquierda, mesa puesta con dos cubiertos. Anochece. Luz artificial.

FEDERICO, *que entra cabizbajo y sombrío*; FELIPA, *tras él, esperando órdenes.*

FELIPA, *para sí.*

¡Virgen de Atocha, qué cara se trae hoy este señorito! Ni un reo en capilla la tiene peor. ¿Qué mosca le habrá picado?... ¡Ya; que apuntó mal anoche, y como las cartas no tienen entrañas...! ¡Lástima de hombre, entregado á un vicio tan feo...!

FEDERICO, *para sí.*

Vengo prevenido. Si ese trasto nos acecha esta noche á la salida, le dejo seco. (*Alto.*) Dime, Felipa...

FELIPA.

Señorito.

FEDERICO.

¿Has notado tú que, por la tarde ó al anochecer, mientras estamos aquí la señorita y yo ron- de la casa alguna persona sospechosa, quiero decir, algún quidam que curioso ó esté á la mira de quién entra y sale?